NI DERECHO AL DUELO

Hace poco tiempo, en un telediario cualquiera, no recuerdo el día ni el canal donde salió, vi y escuché hablar a un familiar de una persona que había sido fusilada en Granada durante la Guerra Civil. Era alguien, este desconocido que quizá fuera la primera vez que aparecía en televisión, no me acuerdo ni siquiera del nombre, solo era un hombre que compartía un sentimiento de injusticia: El trágico destino de alguien de su familia, que pido perdón por no recordar ni aun el nombre, cuyos restos fueron enterrados con nocturnidad y alevosía junto a otros huesos, amalgama de humanidad colectiva, puzzle inclasificado, juntos, unidos por la tierra, la oscuridad y el silencio, huesos, vísceras, cuerpos, personas. Mezclados con los despojos, con la materia, de nuestro más insigne, reconocido y laureado, post mortem, poeta.

Ese pariente, cercano o lejano, pero próximo a una persona añorada, cuyo pasado se hace presente viendo la tierra sin remover, las verdades ocultadas. Ese que tal vez algunos dicen que es rencoroso porque no olvida, dijo que él no quería hablar de política, de memoria histórica, de venganza, de enfrentamientos ni de sembrar nuevas discordias. Que solo quería, y me pareció que no reclamaba mucho, saber el lugar exacto donde se hallaba el cadáver. Al que quizás podría llevar unas flores, o quien sabe, si ir a rezar, si reza, o tan solo hablar, o callar, ante alguien al que un día le cortaron el hilo de la vida prematuramente, con las tijeras que empuñó alguien, cualquiera, al que ni odia ni conoce. ¿No os parece un deseo legítimo, una última y misericorde prueba de algo parecido a la justicia?

A todos nos ha conmovido el presumible fatal desenlace de la desaparición de Marta del Castillo. Todos aquí y allá hemos estado al corriente, paso a paso, del devenir del caso, con informaciones a veces contradictorias, con detalles, con verdades, mentiras y dudas. Se busca el cuerpo, la prueba irrefutable de un delito confesado, la materia que confirma o desmiente. Era una chica en la flor de la juventud, a la que le han cortado de raíz su futuro e ilusiones. Y no solo a ella, es algo que en mayor o menor medida ha afectado a la sociedad, por cercanía, porque víctima puede ser cualquiera, porque nos hemos ido enterando día tras día de la lucha de una familia que buscaba a su hija, una familia normal, anónima, conocida ahora, a su pesar, por un hecho, por el resultado de la violencia. Entre un magma de contradicciones, el o los presuntos asesinos o cómplices, los que supuestamente algo saben ─y sin tener la intención de hacer un juicio paralelo al que se hace por la Justicia institucional, sin inculpar porque no somos testigos, sin dictar veredicto, porque no somos jueces─ nos gustaría al menos, desearíamos que al menos, que si alguien sabe dónde está la niña, lo diga, para no continuar con la agonía de una familia destrozada por la peor de las desgracias. Por ese padre impotente que hubiese querido estar siempre junto a la hija, para protegerla, para salvarla de las garras del terror. Por el silencio de una madre dolorosa que no encuentra consuelo y a la que se le niega hasta el paradero del fruto de su carne.

Hay noticias y noticias, la actualidad manda, y no sabemos bien quien manda en la actualidad. Lo de ayer, lo de hace un tiempo, parece que se olvida, como si no hubiera existido. Menos para los afectados, menos para quienes les hayan arrebatado a un padre, a una hija, a una hermana, a un amigo…

No se comenta “en la actualidad”, no es frecuente que se retome, por ejemplo en los telediarios, el asunto de las mujeres desaparecidas en Ciudad Juárez, por lo que respecta por estas lindes. El caso de vidas anónimas, mujeres ultrajadas a las que se les ha arrancado de cuajo la vida. Nos olvidaremos nosotros pero el olvido no alcanza a quienes las conocieron.

Hoy y siempre al menos podríamos recordar, ser solidarios, yendo incluso más allá de la certeza de que cualquiera puede ser alcanzado por el dardo de la violencia. Y si no nosotros, cualquiera de nuestros hermanos, y hermanos somos todos. Todos somos familiares de los asesinados que sepultaron bajo tierra en Granada, y en muchos otros sitios, todos somos Marta, todos y todas somos mujeres de Ciudad Juárez.

C. Martín Muñoz